

La última esperanza y las esperanzas inmediatas

EMILIO BENAVENT *

EN el contexto de una reflexión orientada a revitalizar la capacidad de ilusionarse, de estar encantado con lo que se hace y, sobre todo, con lo que se espera conseguir, es ineludible considerar la vigencia de la esperanza.

De la esperanza grande que da sentido a la existencia y de las esperanzas pequeñas que se suceden unas a otras y que justifican los anhelos y los esfuerzos por realizarlas.

Unas y otras forman el tejido más sensible y valioso de la vida humana. Como dice Laín Entralgo en su libro ya clásico sobre *La espera y la esperanza* (1957), «lo primero que debe afirmarse de la esperanza es la hondura y la universalidad de su implantación en el corazón del hombre. Cualesquiera que sean la índole de aquello que se espera y la interpretación teórica del hecho de esperar, nadie podrá negar que la esperanza es uno de los hábitos que más profundamente definen y constituyen la existencia humana».

Los rasgos humanos esenciales extraídos del tratamiento de la virtud sobrenatural de la esperanza hecho por Santo Tomás permiten definirla como la actitud personal o colectiva que proyecta los deseos y el esfuerzo hacia la consecución de un bien futuro, excelente, arduo y posible.

Un paso adelante desde la consideración de la esperanza como actitud es el dado por E. Bloch en su *Das Prinzip Hoffnung* (1968), al formular la objetivización de la esperanza.

La esperanza no es, para él, una actitud ni una parcela de la realidad sino el principio, entendido como a/ye, o fuente de la cual brota toda la realidad.

«El ser que condiciona la conciencia—dice Bloch— como la conciencia que elabora el ser se entiende únicamente desde aquello hacia lo cual se tiende. Esencia no es lo que ha sido sino al contrario. La esencia del mundo estriba en la meta que está enfrente. Por eso lo que se sabe es lo "todavía —no—sabido" y lo que es es lo que "todavía —no— ha sido"».

E. Bloch describe en su libro lo que él llama la «enciclopedia de las esperanzas».

En la primera parte, que se titula «informe», trata de los «pe-

* Valencia, 10 de abril de 1914.
Arzobispo Castrense (R).

queños sueños diurnos», los más inmediatos y sencillos del hombre de la calle.

En la segunda, llamada «fundamentación», enumera las cualidades de «la conciencia anticipadora» que, a diferencia de Freud, no profundiza mirando hacia atrás los hechos acaecidos, sino que intuye lo que está delante de nosotros, hacia dónde caminamos.

En la tercera, que tiene como título «el tránsito», Bloch describe «los ideales en el espejo», es decir, todo el mundo de la publicidad, de las narraciones literarias, teatrales o cinematográficas y los objetivos profundos de los viajes.

En la cuarta parte, que llama «la construcción», hace un elenco de los «esbozos de un mundo mejor», entre los que incluye los avances de la técnica, de la arquitectura, de la medicina y de los sistemas sociales y las perspectivas de las creaciones del arte y de la filosofía.

La quinta parte, que califica «identidad», reúne «los ideales del momento realizado». Y esos «ideales» son, según Bloch, los sistemas morales, las creaciones musicales, las imágenes de la muerte y de la religión, la plenitud de la naturaleza, el bien supremo.

En el sistema de Bloch, como en la textura misma de la vida, todas las esperanzas parciales apuntan a una esperanza final que da sentido a todas y que para Bloch ha de ser la realidad plenamente sabida y realizada, la «democracia real», el «hogar de la identidad humana». En esa meta se superan todas las contradicciones entre el yo y la mismidad, el individuo y la sociedad, la humanidad y la naturaleza. Y hacia esa meta va caminando la historia por el empuje del hombre que trabaja, que produce y que transforma.

La afinidad entre este sistema y el cristianismo consiste en que los misterios cristianos son realidades vivas y actuales «ya —pero— todavía no» llegadas a su plenitud, y en el caso de la doctrina de Bloch y de la fe, todas las esperanzas inmediatas apuntan a la esperanza final.

La diferencia radical consiste en que el Reino de Dios para los cristianos es una meta transhistórica que va adviniendo a este mundo gracias a los esfuerzos que moviliza y a los sacrificios a los que da sentido y esperanza. Para Bloch, en cambio, se trata de un mito que simplemente representa la posibilidad de ser feliz en este mundo.

Al llegar a este punto conviene señalar los rasgos específicos de la esperanza cristiana.

Ante todo, se han de indicar cuáles son los objetivos y las apoyaturas propias del esperar de los cristianos.

Las metas últimas son dos: la plenitud eterna de la felicidad personal y el advenimiento del Reino de Dios.

La plena felicidad personal también se llama, en el lenguaje de la Sagrada Escritura y de la Tradición de la Iglesia, salvación, herencia divina, corona de justicia, bienaventuranza y vida eterna.

El Reino de Dios se describe como el triunfo definitivo de la justicia, del amor, de la paz y de la vida. «Nosotros esperamos —como dice San Pedro— otros ciclos nuevos y otra tierra nueva en los que habita la justicia, según la promesa del Señor» (2 Pe. 3,13). El autor

***DIFERENCIA
CON LO
CRISTIANO***

***RASGOS DE
LA
ESPERANZA
CRISTIANA***

del Apocalipsis habla del «Tabernáculo de Dios entre los hombres en el que el mismo Dios enjugará las lágrimas de sus ojos y la muerte ya no existirá más, ni habrá duelos, ni gritos, ni trabajos porque todo esto habrá pasado» (21,34).

LA REFERENCIA AL SEÑOR

Las apoyaturas de la esperanza son realidades de fe. Por una parte, la confianza en la fidelidad de Dios a sus promesas y, por otra, la grandeza del poder divino manifestado en la resurrección de Jesucristo.

Pero la cualidad más singular de la esperanza cristiana es la referencia personal y cósmica al Señor que vive ahora entre nosotros y que actúa en el mundo.

La proclamación del núcleo de la fe la refiere el procurador romano Festo en Cesárea al dar cuenta al rey Agripa de la razón de la disputa entre San Pablo y los que le perseguían. «Presentes los acusadores —dice Festo—, ningún crimen adujeron de los que yo sospechaba; sólo cuestiones sobre su propia superstición y de cierto Jesús muerto, de quien Pablo asegura que vive» (Jn. 25,18-19).

La vinculación vital del cristiano a Jesucristo está propuesta como realidad revelada en el Nuevo Testamento. Los que por la fe que obra por la caridad y por el bautismo están unidos al Señor tienen una relación con Él de tan estrecha comunicación de vida que Jesús la compara con la que existe entre los «sarmientos y la Vid» (Jn. 15,5). Además, la fuerza del amor del Señor por los suyos es tan intensa que le lleva a decir que «Él les da la vida eterna y que nadie les arrebatará de sus manos» (Jn. 10,28). San Pablo, al revelar el misterio de la resurrección de los cristianos, indica que es el Señor el que comunica a los suyos la victoria sobre la muerte. «Esperamos —dice— al Salvador y Señor Jesucristo que reformará el cuerpo de nuestra vileza, configurándolo a su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene para someter a sí todas las cosas» (Fil. 3,20-21).

La referencia cósmica del advenimiento del Reino de Dios al Señor resucitado está expresada en términos dramáticos por San Pablo en su carta a los Romanos. «Las criaturas —escribe— están sujetas a la vanidad con la esperanza de que también ellas serán liberadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera ahora gime y siente dolores de parto» (8, 20-22).

Por eso concluye Moltmann en su *Teología de la esperanza* que «la escatología cristiana habla de Jesucristo y su futuro. Reconoce la realidad de la resurrección de Jesús y anuncia el futuro del Resucitado. De ahí que para ella la fundamentación de todos los enunciados sobre el futuro en la persona y en la historia del Resucitado sea la piedra de toque de los elementos escatológicos y utópicos».

ACTUALIDAD DE LA ESPERANZA CRISTIANA

Además, otro rasgo característico de la esperanza cristiana es el carácter actual de su ultimidad.

Es una simplificación frecuente y errónea pensar que la salvación personal adviene súbitamente al final de la existencia humana o que el Reino de Dios vendrá después del final de la Historia.

La salvación es, para los cristianos, una realidad actual, germinal y escondida, que ya actúa en nosotros pero que todavía no ha llegado a la plenitud.

Personalmente, por el bautismo y la fe hemos sido injertados en la muerte y resurrección del Señor y hemos sido reengendrados a una vida nueva (Rm. 6, 3-8).

Ahora no se manifiesta interiormente esa vida nueva que nos une con Dios en Cristo, pero «cuando se manifieste Cristo, nuestra vida, entonces también nos manifestaremos gloriosos en Él» (Col. 3,4). Como reitera San Juan, «yaí ahora somos hijos de Dios, aunque todavía no se ha manifestado le que hemos de ser. Sabemos que, cuando aparezca, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es» (I Jn. 3,2).

En cuanto a la acción profunda y liberadora del Señor que influye ahora en los acontecimientos a través de los corazones de los hombres movidos por su Espíritu, el Concilio Vaticano II enseña que aunque hay que reconocer que «el progreso puede servir a la felicidad humana», desgraciadamente, «el espíritu de vanidad y de malicia transforma en instrumento de pecado la actividad humana, ordenada al servicio de Dios y de los hombres».

Ahora bien y en clara referencia a la actuación del Señor en el devenir histórico, reafirma la esperanza de que «es posible superar tan deplorable miseria purificando por la cruz y la resurrección de Cristo y encauzar por caminos de perfección todas las actividades humanas, las cuales, a causa de la soberbia y el egoísmo, corren diario peligro» (GS, 37).

El avance del Reino de Dios se realiza todos los días gracias a la unión de los hombres que actúan «movidos por el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato». Todo cuanto hagan y padezcan no se pierde. «Los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad; en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados cuando Cristo entregue al Padre el Reino eterno y universal» (CS. 39).

Por supuesto —innecesario debería ser decirlo—, es necesaria e imprescindible la cooperación personal con la acción profunda del Señor en los hombres y en la historia y con los dones de su Espíritu que nos santifican y que nos iluminan y fortalecen para contribuir al advenimiento del Reino de Dios.

Los impulsos y los dones del Espíritu del Señor hay que acogerlos, vivirlos, desarrollarlos y aplicarlos personalmente a la realidad personal o colectiva. Y, por tanto, el desarrollo y la aplicación están sujetos a riesgos y errores y necesitados, consecuentemente, de rectificaciones, de la humilde y perseverante conversión entendida como cambio de rumbo y de la perseverancia en la búsqueda del Reino de Dios y su justicia.

Sin olvidar que en la colaboración con el Señor no bastan las buenas intenciones. Hay que buscar los mejores medios. Ascéticos, si se trata de conseguir la virtud. Económicos, sociales, políticos y culturales, si el objetivo es el mejoramiento de la comunidad humana.

**COOPERACIÓN
PERSONAL**

**LA
ESPERANZA
CRISTIANA ES
DIFÍCIL**

Sin embargo, aunque la esperanza cristiana tiene objetivos que pueden llenar el corazón y elevar el ánimo y, para el creyente, cuenta con las garantías de la Palabra de Dios, hay que reconocer que no carece de dificultades.

Entre ellas está la dificultad de imaginar lo que esperamos. La vida eterna, por ejemplo, es «la otra vida». Por tanto, las similitudes y las disparidades con esta vida temporal que vivimos en este mundo no pueden ser más que modestas e imprecisas elucubraciones. La bienaventuranza de la salvación personal y las características del Reino de Dios son inimaginables. «Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Cor. 2,9).

También al esperar padecemos la tremenda dificultad de entender. Sabemos que esperamos y que creemos, pero lo sabemos «enigmáticamente» (1 Cor. 13,12). Cuando nos preguntamos el cómo de los misterios y especialmente cómo actúa la Providencia de Dios y cómo influye el Espíritu del Señor Resucitado en nuestras vidas personales y en la Historia, sólo podemos estar seguros del fin, que no es otro que nuestra salvación y la del mundo.

Pero entender el enigma del dolor, de los desfallecimientos, de las vueltas atrás, comprender el sentido de los fracasos, de las derrotas, de las injusticias, del sufrimiento de los inocentes es superior a la fuerza de nuestra inteligencia. Entonces sólo nos cabe «esperar contra toda esperanza», porque hemos hecho la libre y firme opción, con la ayuda del Espíritu, de seguir creyendo en el amor de Dios como Padre y en el amor sin límites —el más grande de todos—, como Él dijo (Jn. 15,13), de quien dio su vida en la Cruz por amor de los hombres.

Con todo, subsiste una dificultad enraizada en nuestra naturaleza. Somos temporales y el tiempo de nuestra existencia es corto. De ahí que nos resulta excesivamente arduo soportar con paciencia la tardanza de la respuesta del Señor, cuando lo que le pedimos es algo que dramáticamente necesitamos. Pensemos en la tensión angustiada de un investigador eminente en la lucha contra el cáncer cuyo hijo se le muere víctima de una neoplasia, porque todavía no se ha encontrado el remedio eficaz.

**VALORES
PERMANENTES**

Sin embargo, la esperanza cristiana tiene valores permanentes y fundamentales.

No es garantía de éxitos y bienandanzas durante el transcurso de nuestra existencia. Pero proporciona la certidumbre de que «ninguna situación, por mala que sea, es capaz de cerrar enteramente los caminos de la salvación personal. Es más, el sufrimiento y la misma muerte han sido transformados por Jesucristo en caminos de libertad y de salvación. Ésta es la más profunda esperanza nacida del misterio de la Cruz» (Moltmann).

Los cristianos creemos, además, que ningún bien se pierde del todo. Creemos también que hay realidades indestructibles como el amor, la verdad y la justicia, y que, si miramos con profunda atención y con magnanimidad, siempre podremos ver crecer las hierbas nuevas entre las ruinas.

Estas certidumbres las comparten en cierta medida muchos «ex-

cristianos» a quienes resulta difícil creer en los misterios de la salvación de Dios en Cristo, bastantes agnósticos y no pocos materialistas. Por supuesto, son comunes también a creyentes de otras religiones.

Tal vez, esas certidumbres compartidas constituyen el núcleo de una creencia radical de todos los seres humanos que les es necesaria para seguir viviendo aun en las peores circunstancias.

Al llegar a este punto, hay que preguntarse por la relación que existe entre la esperanza cristiana y las esperanzas humanas.

La vida humana es un tejido de múltiples y pequeñas esperanzas que se van realizando en este mundo.

Cuando el hombre se hace cristiano, se le revela una Esperanza que lo proyecta a lo más hondo de sí mismo y más allá de la Historia y del tiempo, es decir, más allá de la experiencia que tiene y de las perspectivas que puede concebir.

La pregunta es, pues, acerca de la repercusión que tiene el descubrimiento cristiano en las esperanzas humanas.

Las respuestas actualmente más difundidas son las siguientes:

a) La del existencialismo nihilista. Sartre y Camus afirman que todas las esperanzas del tipo que sean son sólo un espejismo. Detrás de ellas se oculta el vacío, la nada.

b) La del marxismo. Para Bloch la esperanza cristiana es un mito con el que se quiere expresar la posibilidad de ser feliz, gracias a la acción del hombre, en este mundo.

c) La existencia cristiana. Para G. Marcel las esperanzas mundanas del hombre no tienen sentido sin que estén referidas a la gran esperanza. No son aún el cumplimiento de esta esperanza última pero lo exigen y lo preparan.

d) La teológica-praxista. J. Moltmann asegura que sólo existe una Esperanza que se realiza parcialmente aquí en la tierra pero que su plenitud está en el cielo. Cuando se habla del cumplimiento parcial en el tiempo, no se trata sólo de las realidades misteriosas y profundas de la gracia; se incluyen también los avances y las realidades de las esperanzas seculares.

Estas respuestas a la interrelación de la esperanza con las esperanzas humanas inmediatas son genéricas. Además de ellas, cabe señalar otros aspectos de las esperanzas pequeñas y del influjo en ellas de la gran esperanza.

No olvidemos, en tiempos de euforia del mundo, que la esperanza cristiana relativiza los entusiasmos y las frustraciones de los deseos inmediatos. Esta actitud relativizadora, llevada al extremo, dio origen a los movimientos espirituales que procuraban «la huida del mundo». En la actualidad, su influjo puede contribuir al reajuste de la escala de valores, haciéndonos ver lo que realmente vale la pena. Además, como en el cristianismo permanece la virtud de la caridad, no hay peligro de caer en la indiferencia, ya que con el impulso del amor quedan corroboradas las legítimas esperanzas humanas.

Éste es el fundamento de que la esperanza convierta a la comu-

RELACIÓN ENTRE LA ESPERANZA Y LAS ESPERANZAS

RELATIVIZACIÓN, CONSTANCIA Y PACIENCIA

nidad cristiana en un permanente elemento de incordio en el seno de las sociedades humanas que pretenden establecerse como «ciudad permanente». La comunidad de los cristianos debe ser una fuente de nuevos impulsos hacia la realización del derecho, la libertad y la humanidad en el presente y a la luz del futuro anunciado que ha de venir.

Los que han de perseverar en el esfuerzo necesitan tener esperanzas. San Agustín dice que «desesperar da lugar a la pereza y al abandono, mientras que esperar es un incentivo del trabajo». A su afirmación hay que añadir lo que asevera el Pseudomacario. «Para aquél —afirma— en cuyos ojos no brilla la alegre esperanza de la salvación es imposible soportar las tribulaciones y la carga. Sólo si le acompaña la esperanza y la alegría se someterá a los esfuerzos, soportará la carga y emprenderá la senda estrecha».

Trabajar y perseverar en los esfuerzos para contribuir al avance de las esperanzas es una necesidad personal y colectiva.

Como dice Moltmann y la realidad confirma, «mientras la esperanza no incide en el pensar y en el obrar del hombre, anda de cabeza e inoperante; de aquí que la escatología cristiana deba intentar traducir la esperanza de hechos sociales y los hechos sociales en esperanza de fe. Porque las esperanzas cristianas adelantan hasta donde es posible la realidad histórica en movimiento y pueden intervenir decisivamente en los procesos históricos».

Pero, sobre todo, la esperanza cristiana vigoriza la paciencia. Hace posible que sea alegre el ejercicio de la paciencia cuando se padece el mal o hay que soportar las contradicciones y las adversidades.

En la peor situación, siempre es verdad la promesa del Señor de estar con nosotros todos los días y de convertir nuestras penas en alegrías que nadie podrá arrancarnos del corazón. Promesa que nos asegura que nunca estaremos solos ni radical e irremisiblemente perdidos o amargados porque siempre contaremos con la compañía del Señor y el consuelo de su Espíritu.

NECESIDAD Y DIFICULTAD DE LAS ESPERANZAS

Hasta ahora hemos considerado el influjo de la esperanza cristiana en las esperanzas humanas, pero también cabe preguntarse por la influencia de las esperanzas inmediatas y naturales en la esperanza sobrenatural. Porque, de hecho, existe.

Por lo menos, estas esperanzas pequeñas levantan el ánimo y hacen posible la actitud fundamental de seguir esperando. Lo malo es que las esperanzas temporales no son fáciles en nuestro tiempo. Para que nazcan, no se debiliten o no se sequen de raíz en el corazón, hacen falta tiempo, deseos y posibilidades. Hace falta un tiempo sosegado, libre de la premura de la aceleración que, según Edmeir, impide la asimilación de los acontecimientos, de las informaciones, de cuanto ocurre en nuestro entorno y en nuestro tiempo. Por otra parte, las prisas de la vida hacen casi imposible proyectar, y la proyección es fundamental para que nazca la esperanza.

En el extremo opuesto, la sobra de tiempo propia de la holganza forzada propicia la triste experiencia de estar muertos de aburrimiento y, por tanto, el riesgo de ser tentados por los artificios que producen la sobreexcitación o la evasión ensoñada y artificial de la realidad.

Además de tiempo, para tener esperanza hacen falta deseos. Y

para que nazcan los deseos es necesario intensificar la educación de la sensibilidad y de la capacidad de creación y comunicación.

Las posibilidades que dan fundamento a que se levante el corazón en busca de la realización de los deseos tienen que darse o buscarse. Las que se dan las ofrecen las oportunidades que existen objetivamente en una situación económica, social, política y cultural determinada. Las que se buscan dependen de la inventiva y de la consecución de la capacitación personal de creación y del talante con que se enfrentan las personas con su tarea y con el ambiente.

Todos los esfuerzos educativos y de reforma social necesarios para que se tenga tiempo y sosiego, nazcan los deseos en el corazón de los hombres y tengan posibilidades reales de realizarlos y, por tanto, de vivir con esperanza, son beneméritos y dignos de ser promovidos y premiados.

Porque si es verdad que mientras hay vida hay esperanza, es todavía más verdad que mientras hay esperanza hay vida. Vida intensa, animosa y fecunda, es decir, verdadera vida.

De ahí, la inmensa trascendencia de comunicar, sostener, hacer posibles las esperanzas humanas y, de ser posible, enraizarlas en la última y más grande esperanza.

Yo bien quisiera, por mi condición de cristiano, que todos sintieran el apoyo del Señor vivo que nos fortalece y nos consuela mientras caminamos hacia el Reino de Dios y mientras nos esforzamos porque la verdad, la justicia y la paz del Reino vengan a este mundo.

Pero, por lo menos, deseo de corazón que no nos cansemos de hacer el bien, que no desfallezcamos en la lucha por la justicia y por hacer este mundo más libre y más humano, y que no nos falte la fortaleza de corazón en las adversidades para que no sucumbamos víctimas de la amargura ni de la desesperanza.

***ESPERAR ES
VIVIR***